

ALBERTO RUY SANCHEZ

UN MUNDO APARTE

HERLING, DOSTOIEVSKI, SOLZHENITSYN

Al entrar en el ocaso de este siglo, algunos de sus secretos se nos vuelven accesibles: voces firmes pero llenas de sutileza, de profundas modulaciones literarias, comienzan apenas a ser escuchadas (aunque están junto a nosotros desde hace varias décadas). Una de esas voces —capaces de decir con la fuerza quieta de un relato literario “los secretos que sólo sabe quien escapó del infierno” — es la del polaco Gustav Herling-Grudzinski, autor de un libro de memorias que describe de manera excepcional los límites morales más bajos del hombre y que, en homenaje a Dostoievski, tituló *Un mundo aparte*.

Un destino interminable

Al comienzo de su libro *Memorias de la casa muerta*, también conocido como *Recuerdos de la casa de los muertos*, Fedor Dostoievski escribió: “Hay aquí, en Siberia, un mundo aparte; un mundo muy diferente al que conocemos, con leyes y costumbres peculiares: es la casa de los muertos vivientes, una vida aparte de hombres aparte. Y ese mundo es el que quiero describir”. Herling tomó como epígrafe ese párrafo y, a su manera, se lanzó también a hacer el recuento de la humanidad separada a la que perteneció.

Anterior a la obra de Solzhenitsyn, el libro de Herling se vincula con ella por su dimensión literaria y, sobre todo, se vincula con novelas intensamente autobiográficas como *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Así, a pesar de no ser novela, *Un mundo aparte* se aleja de la gran mayoría de libros que ofrecen un testimonio de los campos de concentración soviéticos. De manera explícita, la verdadera ascendencia del relato de Herling está en la novela de Dostoievski ya mencionada, que fue una de sus lecturas secretas durante el encierro.

Herling se encontró con *Recuerdos de la casa de los muertos* de una manera totalmente novelesca. Un día excepcional en el campo de concentración, las autoridades permitieron que los prisioneros tuvieran una función de cine. Después de una película de propaganda que a todos dejó indiferentes, exhibieron una basada en la vida de Johan Strauss: *El gran vals*. En la miseria permanente del encierro, en la respiración monótona de una existencia sin salidas, la vida imaginaria de las cortes europeas encajaba como un sueño violento e imposible: el paraíso perdido y, a la vez, el otro extremo de un túnel interminable. “Mi corazón laría más rápido —escribe Herling— tenía la impresión de asfi-

xiarme y, constantemente, tenía que pasarme las manos sobre las mejillas para refrescarlas”. Todos a su alrededor habían dejado de parpadear y con la boca abierta se sumían en la contemplación del fruto arrebatado, prohibido: la vida en Libertad.

Alguien le susurró al oído: “¿Volveremos algún día a vivir como humanos? ¿Terminará la oscuridad de nuestra tumba, nuestra muerte en vida?” Natalia Lvovna, una prisionera que Herling apenas conocía, emocionada como todos en la sala, había dejado escapar como suspiros esas palabras un poco ampulosas que, sin embargo, impresionaban a Herling de una manera misteriosa. Al terminar la película los prisioneros salieron de la barraca donde ésta se exhibía; una nevada ligera los acompañaba. Natalia lloraba y Herling, caminando en silencio a su lado, trataba de hacerle sentir que no estaba sola. Cuando llegaron frente a la barraca de Natalia ella le pidió que la esperara. Regresó ocultando entre su ropa algo que resultó ser un libro viejo, muy maltratado: *Recuerdos de la casa de los muertos*, San Petersburgo 1894. “Lea ésto por favor —le dijo Natalia con una voz titubeante—, pero no diga de dónde lo sacó ni lo muestre a nadie: está prohibido en toda Rusia y mucho más aquí”.

Durante dos meses, Gustav Herling leyó y relejó en secreto esa novela clásica sobre los campos de concentración rusos, que desde 1862 tuvo varias ediciones. Cada vez que se iba a cruzar con Natalia él la evitaba y, de lejos, descifraba en sus gestos una pregunta ansiosa sobre los efectos del libro clandestino: su secreto compartido. Pero Herling estaba ya embrujado por su lectura y trataba de no devolverlo a su dueña. Sentía que hasta ese momento había vivido en un estado de trance; que despertaba, gracias al libro, de un largo sueño mortal.



Gustav Herling en 1940 y en 1985

Pero lo que había trastornado a Herling no era tanto la manera en que Dostoievski describía los grandes sufrimientos de los presos siberianos del siglo XIX como si ese dolor formara una parte normal de la naturaleza humana, sino un hecho que se desprendía de esa lectura: que había una absoluta continuidad entre su existencia y la de aquellos muertos vivientes descritos por Dostoievski casi cien años antes. No hay salida —debió sentir Herling— el sufrimiento de ahora es eterno: la única puerta abierta que en ese momento se le presentaba era la de la melancolía.

En todos sus instantes libres tomaba el libro y se sumía en él con latidos acelerados y un tumulto de ideas tristes en la cabeza: una imaginaria gota permanente sobre el mismo lugar del cráneo y una desesperación muy oscura. "Fue uno de los periodos más difíciles de mi vida de prisionero", afirma Herling. Lefía el libro de Dostoievski ocultándose y cuando iba a trabajar lo escondía temiendo, pero deseando a la vez, que se lo robaran, que desapareciera de pronto dejándolo libre de su embrujo, de la sensación de encierro eterno que le dejaba su lectura: "lo odiaba y lo amaba de la misma manera en la que ciertas víctimas pueden relacionarse con su instrumento de tortura".

Herling se dio cuenta entonces de que si se vive en la esclavitud, tener conciencia de ella —según sus propias palabras— es más peligroso que el hambre o la muerte física. "Hasta ese momento yo había vivido como los otros prisioneros, evitando instintivamente la necesidad de mirar de frente lo que era entonces mi existencia. Pero Dostoievski, con su relato simple, lento, en el cual cada día de trabajo parecía prolongarse durante varios años, me acarrió sobre las aguas de una negra desesperanza, de una corriente sombría que, abriendo un camino subterráneo, se hundía finalmente en tinieblas eternas. En vano traté de luchar

contra esa corriente poderosa". El tiempo se había detenido y el único escape posible de ese túnel parecía ser la muerte: "me hubiera sido imposible vivir mucho más tiempo en el campo de concentración poseído, como estaba, por la sensación de vivir un destino que se repite infinitamente. Entre más bebía el agua de la fuente envenenada del relato de Dostoievski, más consuelo encontraba en la idea que tuve entonces por primera vez: la idea de huir a través del suicidio. Pero, afortunadamente para mí, Natalia Lvovna estaba más intoxicada que yo por la lectura de Dostoievski y, una noche, vino a mi barraca, me pidió que saliera y me dijo con mucha calma y seriedad: me tiene que devolver ese libro, no puedo vivir sin releerlo; no tengo a nadie en el mundo y ese libro significa todo para mí".

Al dárselo y ayudarla a esconderlo entre su ropa, Natalia comenzó a reirse de manera forzada, nerviosa. A través de su mirada cansada y triste, de su sonrisa incierta, asomaban indicios de locura. Después, Natalia le dio una larga explicación sobre su necesidad de leer constantemente ese libro que no podría sino hacerla desear la muerte física. Dostoievski le había enseñado lo que es la muerte en vida: "Desde hace mucho estamos muertos, aunque no lo podamos admitir —le decía Natalia. Sencillamente, piense en esto: yo pierdo completamente la esperanza cuando en mí se despierta el deseo de vivir. Pero la recupero en cuanto me domina el deseo de morir". Herling la veía apretar contra su pecho el libro, amarillento como su cara enferma, prematuramente envejecida. La vio alejarse lentamente mientras la nieve cubría sus huellas. En su cabeza giraban todavía algunas palabras de Natalia: "Nos pertenecemos: sólo podemos vencer al destino dirigiéndolo contra nosotros mismos. Sólo así somos dueños absolutos del momento y la manera en que habremos de morir..."

Herling lamentaba tener que separarse del libro que le había abierto los ojos sobre su realidad, aunque ésta tuviera la cara de la muerte en vida. Pero, al mismo tiempo, y sobre todo al ver a Natalia, se sentía aliviado de no poder frecuentar más el poder destructor de esa prosa que le marcaba como única esperanza el suicidio. Algunas semanas después, Natalia Lvovna se cortó las venas con un cuchillo oxidado. Fue descubierta y llevada al hospital a tiempo para hacerla regresar a la vida, lentamente y sin alegría. Aunque se volvieron a ver y cruzaron de lejos algún saludo, Gustav y Natalia nunca más conversaron: "Hay secretos — escribe Herling — que unen a la gente, pero hay también secretos que la separan". Para ellos, la vena abierta en sus vidas por los demonios que habitan las palabras de Dostoievski fue su horizonte y a la vez su frontera. Tuieron destinos diferentes. En el de Herling estuvo la suerte de ser finalmente liberado y la osadía de escribir un libro que durante muchos años, en varios países, sería un libro maldito.

Un destino y un libro

Herling tenía veinte años en septiembre de 1939 cuando su país, Polonia, fue ocupado y repartido entre alemanes y rusos. Aunque había militado en las juventudes socialistas, el mundo de Herling era también el de la literatura: estudiaba letras en Varsovia y había publicado, sobre todo, comentarios a la obra de Gombrowicz. En marzo de 1940 la NKVD, la policía política soviética, lo apresó tratando de cruzar la frontera con Lituania. Su intención era reunirse con el ejército polaco en Francia para combatir a Alemania. Su destino lo llevó en cambio a los campos de concentración soviéticos: dos años estuvo en Yertsevo, al este de Leningrado, una parte de la red de campos de Kargopol que entonces se extendía a lo largo de sesenta kilómetros para albergar a cerca de treinta mil prisioneros. *Un mundo aparte* surge de esa experiencia: la del hambre y la degradación física, la de las amistades y las esperanzas ganadas y perdidas en un campo de concentración, la de los límites de la abyección y la absoluta pérdida de dignidad; en fin, la experiencia de la naturaleza humana en sus más tristes condiciones.

Liberado en 1942, Herling-Grudzinski logró alcanzar al ejército polaco y participar en la campaña de Italia. Entre julio de 1949 y el mismo mes de 1950 escribió *Un mundo aparte*. La historia breve de la publicación de este libro en diferentes lenguas es significativa de varias maneras porque nos habla de la intransigencia ideológica de diferentes países y de la evolución de esa intransigencia. En 1951 fue publicado en Inglaterra con un prólogo de Bertrand Russell que afirmaba: "Entre los numerosos libros que he leído escritos por víctimas de las prisiones y los campos soviéticos, *Un mundo aparte* es uno de los más impresionantes, de los mejores escritos. Posee, de manera excepcional, un poder de descripción muy simple y muy vivo, y es absolutamente imposible dudar de su sinceridad". Por lo visto Russell sentía la necesidad de enfatizar, al lado de las cualidades literarias del libro, su veracidad. Tenía en mente al público, sobre todo intelectual, de los años de postguerra, más vinculado a la fe ideológica y militante que a la verdad. En su misma insistencia, Bertrand Russell tocaba el centro del verdadero tema de este libro al resaltar la importancia humana, más que ideológica, del testimonio. Además, diri-

gía a los militantes del partido comunista y a sus acompañantes una crítica que era más bien una súplica, un llamado a la sensatez: "los *compañeros de ruta* que se nieguen a creer que un libro como el del señor Herling es verdadero, carecen necesariamente de un sentimiento humano; en vez de rechazar esta evidencia deberían tomarse la molestia de examinarla con mayor detenimiento."

Un mundo aparte se reeditó casi inmediatamente en Inglaterra y poco después en Estados Unidos. En Francia, en cambio, las Grandes Buenas Conciencias de la izquierda dominaban el panorama cultural y el conformismo progresista le hacía la guerra a todos los testimonios sobre los campos soviéticos: no era buen momento para publicar a Herling. Aun los editores sin prejuicios inmediatos podrían temer una reacción muy desfavorable del público mayoritario de izquierda hacia su editorial. Con más razón si se pronunciaban en su contra personalidades intelectuales de gran renombre. Pero eso no le importaba a Gabriel Marcel, que dirigía la colección "Fuegos cruzados" para la editorial Plon y que había mandado traducir el libro en 1952. Estaba a punto de publicarlo cuando la dirección de la editorial lo rechazó después de que algunos fragmentos aparecieron en la prensa. Otras tres editoriales parisinas rechazaron el libro en los siguientes tres años. En 1955 Albert Camus lo leyó y se entusiasmó con él. Camus trabajaba entonces en la editorial Gallimard y lo propuso ahí para su publicación. A mediados del año siguiente, Gustav Herling recibió una carta de Camus disculpándose por no haber podido lograr su aceptación.

En *Kultura*, la revista de los disidentes polacos editada actualmente en París y en cuya fundación Herling participó, él publica con cierta regularidad un *Diario escrito de noche* donde citó hace poco la carta de Camus: "... me gustó mucho su libro y aquí (en Gallimard) hablé de él con entusiasmo. Sin embargo, la decisión fue finalmente negativa, sobre todo por motivos comerciales, me parece. Esta negativa fue, para mí, una gran decepción y quiero decirle por lo menos que, en mi opinión, su libro debería ser publicado y leído en todos los países, tanto por lo que es como por lo que dice. Si usted lo permite, continuaré estudiando las posibilidades de publicarlo en otras editoriales. En todo caso, siento mucho no haber podido servirle mejor..." Es probable que detrás de la diplomática carta de Camus se escondiera la oposición— o el temor a la oposición— de Louis Aragon, muy ligado a los intereses soviéticos y director de una colección en Gallimard; o de Sartre, igualmente "comprometido" con Rusia y con el clima ideológico de la época. Sólo hasta mediados de 1985 sería publicado en Francia *Un mundo aparte*: treinta y cuatro años después de su primera edición, como un signo del lento y largo deshielo ideológico de ese país.

Tal vez sea evidente que a pesar de haber sido escrito en polaco, el libro de Herling apareció en su lengua original únicamente en una editorial del exilio, es decir, fuera de Polonia. En español, hasta donde yo sé, no ha sido publicado. En Italia —donde reside Herling—, país cuya vida intelectual se ha desarrollado muy intensamente ligada al Partido Comunista y por lo tanto a la Unión Soviética, *Un mundo aparte* se publicó por insistencia de Benedetto Croce, pero su circulación fue intencionalmente restringida. Sólo a partir de 1968, cuando la revuelta estudiantil italiana y la opinión pública rechazaron en parte a la ortodoxia del

P.C.I., el libro se reeditó y distribuyó normalmente. El promotor y prologuista de la edición francesa fue Jorge Semprún, que ya en su libro de 1980, *Quel beau dimanche*, había escrito: "Un mundo aparte es sin duda —con su sobriedad, con su retenida compasión, con la escueta perfección de su articulación narrativa—, uno de los relatos más impresionantes que se hayan escrito sobre un campo estalinista."

Semprún tiene razón cuando compara favorablemente a *Un mundo aparte* con otros relatos de realidades similares. Hay en el libro de Herling una dimensión literaria que va más allá de las realidades de un campo de concentración para alcanzar realidades humanas más profundas y extendidas. El libro de Herling no es tan sólo —y ni siquiera es

Solzhenitsyn y Dostoievski forman parte de un mundo en el que la culpa compartida impregna a todos, incluyéndolos, Herling describe ese mundo culpable y culpabilizado desde el exterior, siempre fascinado por él, pero muy ajeno a sus movimientos. A diferencia de Dostoievski, que como heredero de una tradición cristiana muy peculiar trata de entender racionalmente lo irracional del suplicio humano —lo irracional del exterminio de los hombres por los hombres—, Herling se niega a racionalizar lo que va más allá de las razones y se dedica a mostrar la abyección: relata la ignominia vivida por él y no trata de situarla en ningún esquema teológico (o político) de interpretación. En ese sentido es más artista y menos racionalista, más escritor y menos filósofo.



Solzhenitsyn en 1942, antes de su arresto, y en 1953, el año de su liberación.

primordialmente— una crítica al sistema soviético que encierra a las personas que caen en las trampas de su laberinto. En *Un mundo aparte* esa crítica es simplemente una deducción secundaria que podemos hacer a partir de lo que leemos. Porque lo primero que vemos es la experiencia del hombre en situaciones extremas de degradación física y moral.

Culpa y santidad

Hay una dimensión religiosa en todos los relatos que tratan de los campos de concentración soviéticos. Está presente tanto en Dostoievski como en Solzhenitsyn, y lo está en el libro de Herling pero de una manera muy distinta. Mientras

La culpa compartida que todo lo explica fue una de las obsesiones de Dostoievski: mientras estuvo preso se declaró inocente, pero en cuanto lo liberaron se consideró culpable y merecedor, "como todos", del suplicio. Vladimir Nabokov, que no estima mucho a Dostoievski, vería esto como parte de lo que él llama su cristianismo neurótico, cuyo surgimiento sitúa precisamente en sus años siberianos: "Pasó cuatro años de servidumbre penal en Siberia, en compañía de asesinos y ladrones, pues aún no se había establecido ninguna separación entre delincuentes comunes y presos políticos. Describió aquel tiempo en sus *Recuerdos de la casa de los muertos*. No es una lectura agradable. Ahí refiere en detalle todas las vejaciones y penalidades que tuvo que soportar y retrata a los delincuentes con quienes convi-

LIBRAIRIE GALLIMARD

101, Avenue de la République 75011 Paris
 Téléphone : 31.17.11

101, Avenue de la République 75011 Paris
 Téléphone : 31.17.11

Monsieur Gustav Herling
 Via Crispi 69
 Napoli (Italia)

Paris, le 25 juin 1956.

Cher monsieur,

Je voulais vous écrire plus tôt pour vous tenir au courant de la décision des Editions Gallimard concernant votre livre. Mais les longues hésitations de ces Editions m'ont retardé plus que je ne l'aurais désiré. J'avais beaucoup aimé votre livre et j'en ai parlé chaleureusement ici. Pourtant la décision a été finalement négative, surtout, je crois, pour des raisons commerciales. J'en ai été personnellement très déçu et veux vous dire au moins que, mon non opinion, votre livre devrait être publié et lu dans tous les pays, autant pour ce qu'il est que pour ce qu'il dit. Si vous le permettez, je continuerai à examiner les possibilités de publication chez d'autres éditeurs.

Je suis bien désolé en tout cas de ne pas vous avoir mieux servi et je vous prie de croire, cher monsieur, à mes sentiments de profonde estime et de sympathie,

Albert Camus

Albert Camus.

Albert Camus

vía. Para no volverse totalmente loco en aquel ambiente, Dostoievski tenía que encontrar alguna vía de escape. La encontró en un *cristianismo neurótico* que se forjó durante aquellos años. Es natural que algunos de los convictos con los que vivía mostraran, junto a una tremenda animalidad, alguno que otro rasgo humano. Dostoievski recogió esas manifestaciones y sobre ellas edificó una racionalización muy artificial y completamente patológica del pueblo llano de Rusia. Era el primer paso de lo que sería su camino espiritual de ahí en adelante. Para Solzhenitsyn el encierro es, por supuesto, condenable. Pero hay en su obra una idea de redención del hombre a través del castigo. De nuevo, una racionalización de lo que esencialmente es irracional.

Si Herling no participa en esos procedimientos del pensamiento, eso se debe no sólo a la fuerza del tipo de universo cristiano en el que están los dos escritores rusos sino, tal vez, a la diferencia que existe precisamente entre los rusos y un polaco como Herling. No es una casualidad que la misma Natalia Lvovna, rusa, le haya dicho a Herling que antes de leer a Dostoievski la atormentaba el sentimiento de que si la habían apresado sería por alguna razón poderosa. Es decir, el sentimiento de merecer, de una u otra manera, su castigo. El alivio que le dio Dostoievski, según sus palabras, consistió en darse cuenta de que "toda Rusia y todos los rusos somos culpables. Toda Rusia es una casa de muertos". Para Herling, lo que valía la pena, en cambio, era relatar las cosas tal como las vivió, incluyendo una acuciosa descripción de

ese "sentimiento ruso" en muchos de los prisioneros que estaban con él. Entre ellos, no faltaron quienes, sintiéndose portadores de una culpa ancestral aumentarían por su propia mano su castigo. No faltaron estalinistas más radicales que quienes los encerraron, verdaderos herejes seguidores más fieles de su palabra sagrada, santos de una manera perversa.

De alguna manera también hay santidad, y redención gracias al sufrimiento, en Ivan Denisovich, el personaje de Solzhenitsyn. En la novela seguimos a Ivan durante un solo día que es su día más afortunado: el más feliz de su vida de prisionero. La lectura nos llena de melancolía por un efecto irónico: los momentos más maravillosos de Ivan son de una miseria y una tristeza inimaginables. ¿Qué será entonces su



Prisioneros de Siberia en la época de Dostoievski

peor día? La candidez de Ivan, la inocencia profunda con la que vive su jornada, nos elevan el personaje a una altura moral de beatitud llana que deja muy atrás la historia de sus crímenes, cometidos o no. Su inocencia es primordial, profunda y adquirida o sacada a flote en el castigo. Su culpa es por lo tanto de otro orden: básicamente moral y compartida.

Tiene razón Georges Nivat, uno de los mejores comentaristas de Solzhenitsyn, cuando escribe: "Para él la prisión no es el cáncer obsesivo que invade a todo el organismo de nuestro siglo, sino "el primer amor" y el nacimiento de una nueva libertad. Solzhenitsyn es el profeta de un nuevo ayuno — de una penitencia — del tamaño de la humanidad". A diferencia de algunos de sus contemporáneos que descri-

bieron el Goulag, Solzhenitsyn no vio en él absurdo o locura, sino principio de lucidez, razón que da sentido al pasado y al presente de los hombres, pero sobre todo a su futuro. Ese impulso profético es también lo que lo distingue de Dostoievski, a pesar de que ambos piensan su encierro desde la racionalidad de la culpa.

En Herling no hay sino una mirada exterior al universo del martirologio racionalizado, pero interior a la experiencia humana en su nivel más inmediato. El cuenta su historia y las de los hombres y mujeres que en su trayecto lo tocaron de una manera profunda, a través de sus afectos. La comprensión de Herling es aguda y sensible: entiende pero se niega a justificar su padecimiento y los de quienes lo rodean. Si bien Herling comparte los padecimientos de todo prisionero, en su relato se puede ver la diferencia entre ser polaco y ser ruso en el campo. Para comenzar, su mismo estatuto de prisionero era diferente. Un polaco en ese campo de concentración no formaba parte del organismo soviético como los otros rusos, miembros enfermos que deben ser reeducados o aniquilados. En un principio su situación era peor: un polaco era enemigo del organismo y su veredicto, sin remedio, la eliminación. Pero los acontecimientos de la guerra (la alianza final de Stalin con los aliados occidentales después de haber sido enemigo de ellos y aliado de Hitler) permitieron que el polaco Herling fuera visto como parte de un organismo aliado y que por lo tanto se decidiera su liberación. También desde el punto de vista de su relación con los otros prisioneros, Herling era básicamente un extranjero, alguien que si bien comparte las experiencias comunes del encierro, es ajeno a sus razones.

Entre las historias más impresionantes que cuenta Herling está la de Mijail Alexie Kostylev, una especie de santo ruso. Entre los muchos capítulos de *Un mundo aparte*, el de Natalia Lvovna y Dostoievski, tanto como este sobre Kostylev constituyen centros imantados del libro, ejes que organizan el movimiento mental que se produce en nosotros al leer esa multiplicidad de experiencias.

A Herling le asombraba la manera obsesiva en que Kostylev reconstruía e reinterpretaba su caso, describiendo con calma su arresto, su interrogatorio, su confinamiento en el campo, "de manera convincente y detallada como un incurable que con frialdad fingida relata los avances de la enfermedad en su cuerpo". Algunos detalles de la larga historia de este personaje pueden dar una idea clara de su experiencia y de la mirada, al mismo tiempo cercana y retenida, de Gustav Herling. En Kostylev se podía ver un estilo de conversación impregnado de un delirio religioso: no había obstáculos para su lógica implacable. Tenía veinticuatro años cuando el Partido le pidió que abandonara sus estudios de ingeniero en Moscú para ir a la escuela naval en Vladivostok. Y lo hizo con gusto. Había crecido en el comunismo soviético y para él no había otros horizontes posibles. Cuando su padre estaba a punto de morir le pidió que fuera fiel a su madre y a "los grandes proyectos de la revolución de Octubre". Cuando fue miembro de las juventudes comunistas el Partido lo inclinó hacia la ingeniería, a pesar de que él se interesaba en la literatura. Para Kostylev, como para muchos de su generación, lo que el Partido decidiera tenía que ser razón suprema.

Ya en la escuela de ingenieros necesitaba dar a su fe elemental razones de peso y estudió con fervor a los clásicos

del marxismo, participando activamente en las reuniones del Partido. Se veía a sí mismo como un misionero, un ingeniero comunista destinado a difundir en su pueblo los beneficios de la revolución tecnológica rusa que, como se tenía la certeza entonces, "estaba a punto de alcanzar y rebasar al mundo occidental". La propaganda del Partido decía que el sufrimiento sólo existía en Occidente, y Kostylev se entusiasmaba pensando en una revolución mundial en la cual estaba dispuesto a servir de mártir para salvar al mundo. En esa época hizo el juramento secreto de salvar a los europeos de su esclavitud inconsciente, no con odio sino con un amor impulsivo hacia el Occidente que no conocía.

Para llevar a cabo su misión se puso a estudiar francés en Moscú con una energía stakanovista y logró leerlo con fluidez. Durante su segundo año en Vladivostok encontró una pequeña biblioteca que tenía algunos libros maltratados en francés: *La educación sentimental*, de Flaubert, *Confesiones de un hijo del siglo*, de Musset, y *Adolfo*, de Benjamin Constant. Al leerlos trataba únicamente de practicar su francés pero algo extraño e inesperado le sucedió: una excitación permanente lo obligaba a leer toda la noche y a olvidar cada vez más sus responsabilidades cotidianas. Su fascinación por la literatura se convirtió en una fascinación por Occidente. No era un problema de historia, o de hechos, según Kostylev, sino de atmósfera: "Todo lo que estaba leyendo parecía suceder en un clima tropical mientras que yo tenía la impresión de haber vivido siempre en un desierto polar, entre hielos desde mi nacimiento..."

El encargado de la biblioteca fue arrestado por contrabando y con él todos los que la frecuentaban. Después de ser golpeado e interrogado, Kostylev fue acusado de "sucumbir a la influencia del liberalismo burgués". Luego padeció tres meses de torturas para que confesara pertenecer a una supuesta conspiración antisoviética. Finalmente tuvo que firmar un papel declarando que pretendía derrocar al gobierno de la Unión Soviética ayudado por potencias extranjeras. Entre los prisioneros del campo de concentración adquirió la reputación de un santo. Ayudaba a todos hasta que las autoridades del campo decidieron doblegarlo. Después de algunos meses haciendo los trabajos más duros, humillantes y con un hambre infinita, comenzó a odiar a todo mundo sin excepciones y con una fuerza que él mismo no se conocía.

Por casualidad cayó en sus manos uno de los libros que había leído y se sintió más culpable que nunca por haber creído en el comunismo y luego por haber dejado de creer. Al día siguiente apareció con un brazo vendado que a partir de entonces siempre estaría enfermo. Una noche de invierno, Herling lo descubrió metiendo el brazo a una fogata, retorcerse de dolor y volver a vendar esa masa informe que difícilmente tenía forma humana. Cada día más enfermo, Kostylev pasaba mucho tiempo solo, leyendo misteriosamente libros que casi nadie sabía de dónde sacaba. Iba a ser transferido a un campo de exterminio por ser inservible para el trabajo, cuando se tiró encima un gran recipiente de agua hirviendo. Su agonía fue muy lenta. Herling lo recuerda como la imagen simbólica de un hombre que poco a poco fue perdiendo todo en lo que creía; con la cara deformada por el dolor mientras ponía al fuego su brazo "como una espada que intentaba templar", caballero templario de un mundo aparte, cruzado de una fe perdida. ■